

EUROPA.

097/064/022

JOSE M.^a DE AREILZA
CONDE DE MOTRICO

REPENSANDO EUROPA



Discurso leído en la Junta pública
del martes 29 de octubre de 1974 para
inaugurar el Curso Académico 1974 - 75

M A D R I D
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS

1 9 7 4

**Discurso leído
en la Junta pública inaugural
del año académico 1974 - 75**

JOSE M.^a DE AREILZA
CONDE DE MOTRICO

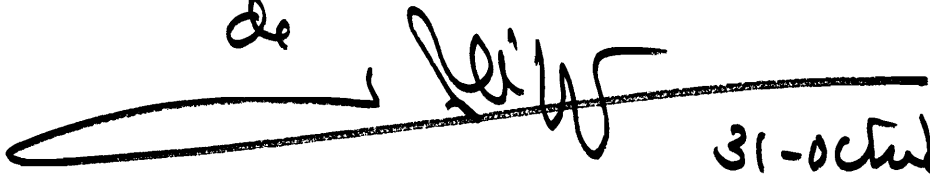
REPENSANDO EUROPA



Discurso leído en la Junta pública
del martes 29 de octubre de 1974 para
inaugurar el Curso Académico 1974 - 75

M A D R I D
REAL ACADEMIA DE CIENCIAS MORALES Y POLITICAS
1 9 7 4

A Manuelino Ovejú
con la amistad invariable
de

 31-octubre 74

REPENSANDO EUROPA

Es propiedad del autor, según el artículo 40
de los Estatutos de la Real Academia, apro-
bados por Decreto de 29 de enero de 1970.

El bienio 1973-74 habrá sido un período decisivo en la historia política de la Europa contemporánea, como época de cambios fundamentales. En el breve plazo de dos años, el canciller de la "Ostpolitik", de la República Federal Alemana, Willy Brandt, Premio Nóbel de la Paz, desapareció repentinamente de la escena envuelto en un oscuro y mal explicado asunto de espionaje, que estalló con la precisión de una bomba de relojería. Falleció Georges Pompidou, el hombre de la sucesión gaullista y el símbolo de la burguesía neocapitalista francesa y después de enconada lucha, por escasísima diferencia de votos, llega a la Presidencia de la V República, Valery Giscard d'Estaing, candidato de la derecha, frente a Mitterrand, portavoz de la izquierda y de los socialismos unidos. Gran Bretaña ve desaparecer su gobierno conservador y triunfar, por otro margen, también ínfimo, al jefe laborista, Wilson, que convoca nuevas elecciones y en este reciente octubre revalida con más holgura su victoria. Italia, sacudida por una oleada de huelgas, que reducen su año laboral a nueve meses de producción, y víctima de una inflación desbordada, se ve invadida por una epidemia de terrorismo salvaje, indiscriminado, que busca en el gran número de víctimas inocentes, el impacto psicológico de la brutalidad regresiva y primaria. Desaparece el régimen salazarista en Portugal, continuado por Marcelo Caetano, a manos de una sublevación militar de los cuadros intermedios del Ejército, encabezada, de modo aparente, por el General Spínola, quien a su vez es depuesto a los cinco meses y sustituido por su compañero de armas, Costa Gomes. Con ello se inicia a ritmo vertiginoso la descolonización del último Imperio africano, perteneciente a una nación blanca europea. Cae asimismo el régimen militar de Atenas como consecuencia de una rebeldía armada, producida a causa de la torpe operación iniciada en Chipre, derribando al Presidente Makarios, que desencadenó a su vez la intervención turca en la Isla. En

España, es asesinado de forma alevosa y brutal el primer Jefe del Gobierno nombrado por Franco, con vistas a la Sucesión. El panorama político del Viejo Continente occidental se ha modificado, pues, sustancialmente en estos veinte meses y tanto la Comunidad de los Nueve como el área mediterránea, tienen, hoy día, portavoces políticos y problemas bien distintos de los de hace dos años. Bastará ya este profundo cambio para que juzgásemos la etapa como importante y aún decisiva, mirando el porvenir. Pero la guerra del "Kippur", que estalla en septiembre del 73 entre árabes e israelitas, y sus inmediatas connotaciones económicas y diplomáticas, repercute en Europa de forma inmediata y sorpresiva, no sólo por el embargo petrolífero y la discriminación, impuestos por ciertos países productores del Oriente a los consumidores, que revela el grado altísimo de dependencia del Occidente europeo respecto a los crudos de ese origen, sino por el golpe de mano, repentino e inesperado que sitúa los precios del hidrocarburo a un nivel tres o cuatro veces más alto que el de mercado que regía anteriormente, y descoyunta literalmente las economías de los países industriales consumidores que ven alzarse así, ante sus ojos, el espectáculo de una inflación galopante; el de una producción atenazada en aquellos sectores vitales, en los que el factor energético incide con enorme fuerza; la liquidación a plazo breve —con la sola excepción de Alemania occidental— de las reservas de los Bancos Centrales, introduciéndose con ello un desorden monetario internacional, que sobre el ya existente, lo convierte en caótica confusión; se produce así un endeudamiento progresivo y gigantesco; acaba una era de estabilidad, de pleno empleo y de prosperidad económica y da comienzo un período de receso, de carácter grave y quizá de gran amplitud y duración.

Europa se halla, actualmente, en una de las fases más delicadas de su historia colectiva. El tratado de Roma puso las bases de un núcleo comunitario que a través de numerosos obstáculos vino a desarrollar el neo-capitalismo empresarial del Continente, con la creación de unas condiciones objetivas favorables al mismo, con un mercado suficientemente extenso; un área común arancelaria, primero de seis y luego de nueve países; la circulación, dentro de ella, de mano de obra y de capitales y una cierta homogeneidad institucional, inspirada en principios ideológicos comunes, junto al "pacto social" entre empresarios y sindicatos de trabajadores, establecido, de hecho, dentro de esas naciones y que aquél necesitaba para expansionarse. Nunca en la historia del Continente, esos pueblos de Europa, habían alcanzado unos niveles parecidos de P.N.B., de renta por habitante y de volúmenes globales de exportación hacia los demás mercados del mundo, convirtiéndose la Comunidad, a partir de la década de los sesenta, en foco considerable

de competencia y de rivalidad y llegando a ser el primero en el orden de importancia frente a los otros grandes centros exportadores del comercio mundial como los Estados Unidos y el Japón.

El talón de Aquiles de este poderoso y rico gigante se hallaba, sin embargo, en la escasísima autosuficiencia energética de su sociedad industrial. Las naciones de la OCDE importaban en 1972 el 83,7 por 100 de su petróleo crudo de los pozos del Medio Oriente o del Norte de Africa. Lo extraño, lo sorprendente del caso es que esta servidumbre tan estrecha de los países industriales hacia esos países productores, no se debía solamente a razones de vecindad geográfica o de antigua vinculación política como es el caso de Francia y Argelia, por ejemplo, sino que la sistemática estrategia de las compañías que controlaban —y controlan en buena parte todavía— la comercialización de ese petróleo empujaba precisamente durante los últimos decenios en esa dirección. Las grandes empresas multinacionales fueron las que obligaron con la tupida malla de sus intereses, a orientar el consumo hacia esa tendencia a pesar de las reiteradas advertencias de muchos expertos europeos que no lograron implantar en la comunidad de Occidente una política energética racional y coordinada. Porque hay que tener el valor de decir en público que el alza repentina del precio del hidrocarburo en tres o cuatro veces, al calor de la guerra árabe israelí, no estaba justificada, ni por un estado de penuria extrema de la población de esos países, que lo hubiese acaso explicado moralmente, ni tampoco, si el precio del petróleo crudo era realmente bajo, teniendo en cuenta el clima de inflación mundial latente que ya venía existiendo en el mundo de antemano, había en realidad un motivo urgente para elevarlo de golpe. Podría haberse llegado, evidentemente, a unos acuerdos negociados de subida gradual del petróleo con los países productores, en un plazo de varios años, con ventaja para todos, productores y consumidores, evitando el actual descalabro de la economía occidental europea, por desgracia, cliente de preferencia del petróleo de origen árabe, y a cuya prosperidad —la de la Europa no comunista— parece haberse apuntado deliberadamente, como un objetivo primordial que se trataba de alcanzar para destruirla.

El enorme impacto causado en Europa por esta imprevista coyuntura, desencadenada hace un año, se va apreciando, poco a poco, en el clima generalizado de crisis y desconfianza, de suspicacia y pesimismo en que se mueven hoy en el Continente, instituciones, grupos políticos, sectores sindicales, empresarios y profesionales, financieros, líderes de partido y hombres de gobierno de la más variada ideología. Por doquier se escuchan los trenos de la inquietud, de la desesperanza y de

la negra perspectiva futura. No sólo Europa corre hoy un grave riesgo, como entidad histórica en formación, sino que la crisis ha revelado, con la hondura del mal económico y la debilidad de la balanza energética, la existencia de otros factores interiores no menos graves, como son el desequilibrio entre las fuerzas que componen la Comunidad y la problemática de las relaciones entre Europa y los Estados Unidos, junto a la entera filosofía que las preside.

La penuria energética empezó por quebrar la solidaridad de los Nueve, frente al embargo petrolífero, desigualmente aplicado, como recordáis, a sus componentes. Más tarde mostró la resistencia de algunos gobiernos especialmente el de Francia, a sentarse en una mesa común de negociación con los demás países consumidores bajo la batuta implacable y el "leadership" de los Estados Unidos. Después, al agravarse la situación y desencadenarse el proceso inflacionario agudo, originando la crisis monetaria y la rápida consumición de las reservas acumuladas en los Bancos centrales del Occidente europeo, quedó la Alemania occidental en posición de gran ventaja sobre sus otros socios comunitarios, debido al gran volumen de sus reservas —mayor que todas las demás juntas— y a la fuerte solidez de su economía comercial, en "superávit" hasta el reciente mes de agosto y en expansión y con una tasa de inflación contenida en el 7,2 %. Alemania occidental —se ha dicho— es el alumno ejemplar de la clase que no solamente tiene buenas notas, sino que es mucho más rico que los compañeros. Que ello despierte envidias y recelos, no es sino ley universal aplicable a los hombres y a los pueblos. Que prevalida de su posición excepcional, mantenga una dureza enérgica en los problemas de la Comunidad —como el de los precios agrícolas, o en los préstamos a Italia, por ejemplo— no es sino consecuencia de ese convencimiento interior que le hace juzgar la errónea política económica y social de algunos de sus vecinos como causante de las situaciones límites a las que han llegado y que no deben contagiar, al resto de la Comunidad. Es interesante señalar que esa llamada al orden y a la disciplina económico-social, no la realiza un gobierno alemán de la derecha democristiana, sino de la izquierda social-demócrata que preside el canciller Helmut Schmidt.

Ese desequilibrio de fuerzas que favorece actualmente a la política germana ha de condicionar, en alguna forma, el relanzamiento de la Europa comunitaria que el Presidente francés Giscard d'Estaing ha proclamado públicamente con un programa bastante preciso. Los malos vientos que corren y soplan hoy, sobre el Viejo Continente, no han de ser un motivo de ruptura y desorganización de lo ya alcanzado por la Comunidad —que en muchos aspectos es enormemente positivo— sino de reflexión y de subsiguiente actividad para repensar el proyecto de

Europa, exponiendo con sinceridad lo que hay de vivo y de muerto, de utópico y de viable, en el desarrollo político de esa iniciativa. Jean Monnet, padre de la idea comunitaria, decía recientemente que “Europa no ha fracasado, sino que se encuentra con una grave dificultad. Pero cualquier proyecto histórico —añadía— tropieza con obstáculos e inconvenientes y precisamente en superarlos consiste la tarea fundamental de quienes desean llevarlos a cabo. Solamente los que quieran afirmar a Europa como entidad, dándole un contenido propio, serán capaces de vencer esta grave crisis, que no representa un fracaso, sino un desafío, lo cual es cosa bien diferente”.

Me refería antes a las relaciones de Europa con los Estados Unidos y a la filosofía que dominaba esas relaciones. Creo que es necesario un esclarecimiento sobre este punto, para que aspecto tan importante no quede, como es frecuente, escondido tras la fronda del verbalismo y la hiedra de los lugares comunes. La potencia militar, industrial y económica, de los Estados Unidos, es de una escala muy distinta a la de los pueblos del Occidente europeo, tomados en su conjunto. Si en el orden económico esa desproporción puede medirse, comparando el PNB respectivo de uno y otros, o el nivel de renta media por habitante, entre la CEE y la USA; en el área militar, la desproporción entre los países de Europa y Norteamérica en medios instrumentales de destrucción y ataque y en sistemas de cobertura y defensa, es simplemente imposible de describir, porque ni el lenguaje, ni el concepto, ni los complicados métodos de evaluación estratégica, tendrían congruencia entre sí, por tratarse de cosas que tienen en el fondo, ya, un sentido diferente. Henry Kissinger, refiriéndose a la complejidad extrema de las teorías estratégicas actuales, que definen el poderío de las armas nucleares ha dicho en su extraordinario discurso al Senado norteamericano del día 21 de septiembre, lo siguiente: “La relación entre el poderío militar de una nación y la fuerza política utilizable por aquella es más compleja de explicar hoy que en ningún otro momento de la historia... Pues resulta difícil determinar qué combinación de cantidades de armas nucleares y de posibilidades de eficacia supondría para cualquiera de las partes, una superioridad militar o políticamente útil. La potencia nuclear es en alguna manera inconmensurable.” Kissinger se refiere aquí a la evaluación de la potencia norteamericana frente a la Unión Soviética, en la que el actual equilibrio estratégico logrado, después de un largo período de tensiones y de negociaciones sucesivas, ha traído, como consecuencia, la “detente”, o el relajamiento entre el Este y el Oeste. Pero si ese gigantesco despliegue mutuo de poder a escala mundial que existe entre las dos potencias capaces de destruirse y también de aniquilar al resto de la sociedad universal con su fuerza, Rusia y Norteamérica,

es —como dice el Secretario de Estado norteamericano— difícil de ponderar en cifras o en coeficientes verosímiles, figuraos ¡cuánto más remota sería la comparación, al tratarse de cotejar el poderío de cualquiera de ambos colosos con el de todos los pueblos de la Europa occidental unidos! Apenas entre ellos tienen la Gran Bretaña y Francia acceso activo al arsenal nuclear. La primera, rigurosamente condicionada al gatillo norteamericano, en virtud del planteamiento de su política en esa materia desde los años cincuenta y que motivó, entre otras causas, el antagonismo del General De Gaulle a la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad. La segunda, Francia, con su programa atómico propio, moderado y limitado, en posesión de cierto número de cohetes y submarinos portadores de aquéllos, que servirían como elemento de amenaza estratégica disuasiva a pesar de pertenecer a una generación de armamento relativamente anticuada en su concepto, y pequeñísima, en número, comparada con el arsenal norteamericano o ruso. Ningún otro país europeo tiene hoy, todavía, armamento nuclear operacional de autonomía propia, aunque existan en depósito en el territorio de la Europa occidental —y en España por supuesto— ogivas nucleares, cohetes y bombas de esa naturaleza en cantidades elevadísimas, como apoyo táctico norteamericano al dispositivo de las fuerzas armadas de la NATO.

Pero mi intención no es entrar en ese apasionante y delicado terreno, es decir, en explicar de qué modo la política estratégica de alto nivel que desemboca actualmente en las negociaciones de desarme y limitaciones de poder, de las SALT, afecta no sólo a los dos poseedores de la panoplia nuclear, Rusia y Norteamérica, sino a todas las naciones en cuyo suelo existieran bases o depósitos de armas atómicas, tema de enorme importancia y del que apenas se habla. Quiero mostrar, simplemente, que, en el orden del poderío militar actual, la Europa occidental, la Europa de los Nueve y aun la de los Quince países que de hecho la forman y que no están ocupados por las fuerzas del Pacto de Varsovia, es una potencia, para decirlo claramente, de segunda categoría. Europa occidental, ni puede hacer una guerra por sí misma; ni puede defenderse sola, frente a una agresión nuclear; ni puede intervenir, eficazmente, en una política tan compleja y tan difícil como lo es la de la actual coexistencia entre los gobiernos de Washington y de Moscú. Si no se acepta como punto de partida ese hecho, abrumador en su realismo, pero evidente, ninguna concepción de Europa será válida, y nos moveremos, una vez más, en el terreno de la utopía negativa o de la optimista, que para el caso da lo mismo.

Europa occidental no tiene hoy capacidad militar propia a nivel de gran potencia. Es un continente, militarmente débil, que necesita uncir

necesariamente el hilo de su destino exterior, como colectividad, al carro de una de las dos superpotencias que comparten y se reparten el dominio mundial. El contexto histórico actual europeo, que tiene su origen en el desenlace de la última guerra mundial, situó a la comunidad occidental en el ámbito político, económico y militar de los Estados Unidos. Dentro de él, Europa ha sobrevivido a los horrores de la posguerra, reconstruyó su industria y su infraestructura, levantó su comercio, edificó un sistema monetario y realizó la revolución tecnológica y cibernética, las que trajeron a su vez, consigo, el desarrollo económico, el cambio social, y las formas modernas del neo-capitalismo, con su tecnoestructura industrial y la proliferación gigantesca de las corporaciones multinacionales, última modalidad universal del neo-capitalismo. Este proceso ha dado una prosperidad auténtica y un largo período de estabilidad a la Europa occidental, sin perjuicio del dinamismo creciente y perenne del sistema, cargado de múltiples problemas y planteamientos internos de índole crítica. La clase trabajadora del Occidente europeo que describimos, ha estado, fundamentalmente, inscrita en el orden socialista y social-demócrata y también en el ámbito del comunismo ortodoxo o pro-soviético, en los casos de Francia e Italia, hasta ahora, los dos únicos países de la comunidad occidental con partidos de esa inspiración, que totalizan habitualmente, por encima del veinte por ciento del sufragio electoral emitido en los comicios populares. Los socialismos y las social-democracias europeas han aceptado las reglas de juego del sistema democrático de Occidente, que corresponde al modelo económico del neo-capitalismo. Y aunque mantengan los principios de la pugna de clases y de la nacionalización o socialización de algunos instrumentos de la producción en sus programas, lo cierto es que su tono general se inclina más a la reforma que a la revolución. Más a la colaboración dentro del sistema que a la ruptura del sistema. Ello ha hecho posible la existencia de alguna clase de "pacto social" entre las fuerzas del capital y del sindicalismo obrero, pacto que ha venido funcionando en múltiples ocasiones y en variadas formas durante los últimos treinta años en los países de Europa occidental, bajo gobiernos de distinto signo, conservadores, liberales, democristianos o socialistas o de coaliciones de esas mismas fuerzas.

El comunismo italiano y francés, con su voto popular considerable y sus centrales sindicales, no menos importantes, ha oscilado en estos años, desde la época de su presencia activa en los cuadros de la resistencia militar contra el ocupante germano (lo que le dio autoridad para participar en los primeros gobiernos de la liberación) hasta la actual situación táctica que les inclina a tomar parte en la lucha política con vocación de incorporarse a los gobiernos de Roma y París, en coali-

ciones con otras fuerzas de izquierda o de centro, para responsabilizarse, en parte al menos, en la conducta del negocio público de la República italiana, o de la V República francesa. El largo período de casi veinte años en que los dos grandes partidos comunistas de Occidente vivían en un “ghetto” voluntario, de oposición total al sistema que se inspiraba en aquellos años de la guerra fría, en un anticomunismo activo, ha quedado atrás. En la última campaña presidencial de Francia, los líderes del partido comunista, sin perjuicio de mantener su línea, muy diluida, en el programa común de la izquierda, aceptaban la necesaria existencia de la Comunidad Económica Europea como un hecho real que era preciso respetar, así como la obligada presencia de Francia en los cuadros de la Alianza Atlántica como un imperativo geo-político que sería necio ignorar. Con matices, esa era, y es también, la posición del Partido comunista italiano en su actual juego por alcanzar el poder. Sin perjuicio de que se pueda poner en duda razonable la sinceridad de tales propósitos a largo plazo y de que muchos piensen en la imposibilidad de que el comunismo acepte sinceramente, en ninguna parte, las reglas del juego del sistema democrático y de la sociedad liberal francesa o italiana, el hecho está ahí y es preciso anotar el dato si queremos hacer una valoración objetiva de la actual situación de Europa.

Pero digamos también que en la presente crisis es profundamente equívoca la actitud de los partidos comunistas de Occidente achacando al sistema neo-capitalista la responsabilidad de la ola inflacionaria (que por supuesto también invade la economía rusa) y evitando cuidadosamente reconocer el origen político de la subida de los precios del petróleo, ajena por completo a los diagnósticos del análisis marxista. El esfuerzo de solidaridad total, de austeridad y disciplina que la inminente amenaza económico-social exige a todos los países de Europa —y por supuesto también a España— no puede ser quebrantado por la frívola irresponsabilidad de unos dirigentes que se reservan el derecho de descoyuntar aún más la maltrecha economía occidental con peticiones inverosímiles o con huelgas políticas pensando que de los escombros del sistema neo-capitalista, si llegara a quebrar, podría surgir una mayor esperanza para su asalto frontal al poder del Estado. Esa ausencia total de solidaridad en la hora grave de un país, puede que favorezca a Rusia en su juego subterráneo frente a Norteamérica, pero es inadmisibles, desde el punto de vista del interés general, y debe ser denunciado públicamente por los gobiernos del Occidente europeo como una maniobra de subversión.

Miremos ahora al otro lado del Atlántico, a Norteamérica. Mientras en Europa ocurren todos esos cambios, en los EE. UU., después de un largo proceso político, de una minuciosa y difícil investigación penal

y de un forcejeo institucional entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial de la gran República de la Unión, Nixon se vio obligado a abandonar la Presidencia. Gerald Ford, parlamentario veterano, hombre de la América media, de ideas y costumbres paralelas a las de rutina de una gran masa de ciudadanos anónimos, fue exaltado a la jefatura del Poder ejecutivo. No es probablemente un gran político, ni tampoco un conocido estadista, ni un "leader" popular de carisma excepcional. Quizá eso mismo influyó en su designación vicepresidencial, por un Presidente, Nixon, que no deseaba en aquel momento ser objeto de competencias brillantes desde ese cargo. A su vez, el Presidente Ford, designó Vicepresidente suyo a Nelson Rockefeller, eslabón de una poderosa dinastía del capitalismo norteamericano, apoyada en el petróleo, en la banca y en la industria cibernética y que representa inevitablemente una inmensa cadena de intereses financieros desparramados por el mundo entero. Esta designación es importante por lo que representa como acceso público de una de las fuerzas reales de los Estados Unidos de hoy, a los más altos niveles de la decisión política. Pero ello no debe llevarnos a una simplificación que tanto prodigan los que atacan el sistema norteamericano por lo que tiene de más respetable en su ideología fundamental, democrática y liberal y que se esfuerza en sostener y defender, frente a las enormes dificultades que la sociedad desarrollada posindustrial ofrece a la vigencia de aquellos principios. En Norteamérica no gobierna por sí sola la tecnoestructura de gran capital, como quisieran hacernos ver, sino que la política es un resultado de muchas fuerzas contrapuestas y diversas que integran aquella enorme y dinámica sociedad. Y esas fuerzas no son todas ellas económicas, sino que junto a ellas operan corrientes de opinión políticas, espirituales, culturales, religiosas, profesionales y raciales que se funden en el gran crisol —no marxista— que son los Estados Unidos de hoy.

Para conocer el contexto en que se mueve Europa en su camino hacia la unidad es preciso que tengamos en cuenta el estado de la política internacional en sus más altos niveles de poder, o en otras palabras, que digamos algo sobre la coexistencia y la distensión que presiden en estos momentos las relaciones entre Norteamérica y Rusia. Kissinger ha definido, en términos precisos, el alcance y el contenido de esa distensión. Tomo sus palabras más relevantes pronunciadas hace pocos días sobre el tema: "La "detente" —dijo— es un proceso, pero no es un logro permanente. No es un recurso moderno equivalente a la paz estable que caracterizó un largo período del siglo XIX. Pero sí es un gran paso que nos aleja del espíritu intransigente y agresivo que llenó el período de la última pos-guerra de 1946 a 1960 y se llamó "la guerra fría". La distensión que muchos preconizaban en

Estados Unidos desde la década de los 60, al encontrarse con el fenómeno de la paridad nuclear y de la enorme espiral de la carrera de armamentos estratégicos, no empezó a materializarse hasta comienzos del año 71. En esa fecha se produjo la primera brecha que condujo al arreglo del problema de Berlín; a la apertura de conversaciones sobre reducción y limitación de armamentos estratégicos y convencionales; y lo que es más importante, a la elaboración de unos principios comunes sobre los que podría basarse el nuevo clima que se trataba de crear.

En 1972 se firma esa declaración de principios en Moscú. En ellos se resume la filosofía de la distensión, que abarca cinco puntos esenciales:

- 1.º Necesidad de evitar el enfrentamiento de los dos grandes poderes entre sí;
- 2.º Obligación del mutuo comedimiento o moderación en razón a la enorme potencia militar de ambos países.
- 3.º Recusación de cualquier tentativa de explotar las situaciones de crisis para conseguir ventajas unilaterales.
- 4.º Renuncia de pretensiones o influencias especiales en el mundo.
- 5.º Deseo de coexistir pacíficamente creando para ello unas mutuas relaciones firmes y duraderas.

La distensión ha hecho sus pruebas en estos últimos dos años, especialmente en la grave situación creada en torno a la guerra del Kipur. El principio del comedimiento funcionó evidentemente y en alguna medida puede decirse que existió también a la hora de imponer el alto el fuego a los bandos contendientes del Oriente Próximo. Pero si en el orden internacional, hoy día, no puede haber paz sin relaciones positivas entre la Unión Soviética y Norteamérica, acaso es el extremo más interesante comprobar que la distensión, no ignora en absoluto las discrepancias fundamentales en la ideología y en los valores comunitarios que antagonizan las sociedades de Rusia y de los Estados Unidos entre sí, así como a sus respectivos modelos económicos. Ni tampoco la competencia económica, política y militar entre ambas potencias que deriva de sus específicos intereses nacionales, muchas veces, abiertamente divergentes. En esa contradicción se halla precisamente la dificultad de la distensión. Y por eso, terminaba Kissinger, “el gran desafío de nuestra época es en el orden internacional reconciliar la realidad de esa competencia con la inexorable necesidad de la coexistencia”. La distensión no es, por ello, equivalente de seguridad.

Esa convivencia o coexistencia es forzosa; la impone la realidad de los hechos. La guerra fría no impidió, con su política de represalia masiva y de acorralamiento disuasivo, el que la Unión Soviética creciese en influencia y en poder desde 1946 a 1960 en grandes áreas del mundo. Por otra parte, el bloque rígido de los países comunistas se escindió por causa de la actitud de China y los antiguos aliados europeos de los Estados Unidos, así como el Japón, se fortalecieron económicamente. Al propio tiempo, el tercer mundo colonial se fue poniendo en pie en un largo y difícil proceso de independencias nacionales y la interconexión tecnológica del planeta se iba haciendo más visible cada día “condensándolo”, por decirlo así. Se hallaba el mundo —nos hallamos— pues, ante un nuevo sistema internacional, más diversificado, más abierto a la cooperación entre los elementos más libres y diversos del globo.

Este gran proceso del equilibrio estratégico entre las dos superpotencias, condiciona hoy, por decirlo así, todo el orden internacional. Y es un dato decisivo a tener en cuenta en el ámbito europeo, pues como corolario de esa política entre los dos grandes, la distensión alcanza también a las relaciones de Europa con los Estados Unidos y las de Europa con la Unión Soviética.

Las alianzas de los Estados Unidos con los países europeos no puede decirse que se hayan deteriorado por causa de la “detente”. Antes al contrario, la distensión ha fortalecido esas alianzas en el sentido de eliminar el profundo motivo de recelo que existía en muchos de esos países al pensar que la política de enfrentamiento anterior, les llevaría a ellos obligadamente, a un antagonismo con la Unión Soviética. Hoy esa suspicacia no tiene vigencia y aunque la NATO, apoyada básicamente en la potencia militar norteamericana sigue siendo el escudo y valladar del Occidente europeo en cuanto a dispositivo estratégico y táctico, los pueblos de la Europa del Oeste no atribuyen verosimilitud a la idea de un posible ataque de las fuerzas del Pacto de Varsovia contra Occidente. De ahí también que las naciones europeas democráticas de sistema económico neo-capitalista, mantengan acrecentados contactos con Rusia en el orden económico, tecnológico y comercial y que ese volumen de negociación tienda a convertirse en cifra considerable.

Pero si, a mi modo de ver, en el equilibrio de los super-grandes que representa la distensión actual, el interés de Europa se halla claramente de un lado, el de Norteamérica, no olvidemos que a pesar de la “detente”, como antes señalé, la competencia sigue, la rivalidad se mantiene, y la divergencia de los intereses entre ambos super-poderes no ha desaparecido. No hay guerras, ni enfrentamientos, pero sí hay constan-

tes pugnas en zonas muy diversas. Y hay, por consiguiente, riesgo para la seguridad nacional.

Anteayer fue Cuba, ayer fue la península Sudasiática y hoy son el próximo Oriente, el Océano Indico y el Mediterráneo los centros de la soterrada disputa. Mañana quizá sea Africa con sus larguísimas costas asomadas al mar Atlántico, cuyas plataformas submarinas y área de jurisdicción marítima pueden ser objeto del apetito de los dos Imperios. La Europa de Occidente no puede ignorar esa rivalidad que acaso se manifiesta ya de un modo visible en ciertos hechos políticos, que aislados, son objeto de un análisis monográfico pero concatenados pueden ser interpretados como una maniobra de largo alcance de la Unión Soviética en su empeño de ir logrando sistemáticas ventajas en el dispositivo mediterráneo con la inclusión de peones decisivos en el ajedrez de las naciones de la Europa política meridional. Y entre los tableros múltiples en que se están jugando las complejísimas partidas del predominio mundial, las del viejo "Mare Nostrum", entre Gibraltar y Suez, a derecha e izquierda, están ahora en plena y febril actividad de movimientos. Cada mes, cada semana, nos trae el rumor de las fichas avanzando y retrocediendo sobre los cuadros del damero.

* * *

Y ¿España en este contexto? Bien claramente se desprende de mis palabras que no hay lugar para la solitaria independencia, ni para los espléndidos aislamientos, en el anudado, complejo, difícil e interdependiente mundo de hoy y de mañana. Lo que no es interdependencia es desintegración. Todo es solidario, crecientemente solidario en el planeta que habitamos, reducido en volumen y tamaño por el fantástico desarrollo de la información, instantánea y universal, y por la velocidad supersónica del transporte. No hay tragedia colectiva que nos sea ajena, ni azote del hambre que no nos alcance, ni epidemia que nos deje indiferentes, ni malnutrición, miseria o ignorancia que no nos conturbe, aunque advenga en parajes remotos. La muerte, en cada instante, de un niño, por inanición, en un lejano país del tercer mundo, pesa sobre nuestra conciencia civilizada, con una triste sensación, a la vez de impotencia y de egoísmo. Los problemas planteados en la Era en que entramos son, en alguna medida, distintos a los del pasado. Paul Valery definió en cierta ocasión, la inteligencia humana como algo que servía esencialmente para buscar soluciones a los problemas nuevos. No hay ningún cerebro aislado, sin embargo, por brillante

que sea, que pretenda tener hoy respuesta al múltiple desafío planteado, y solamente la tarea colectiva de equipos bien preparados puede hacer frente a la situación. En lo internacional, serán los grupos de países, las comunidades, las alianzas, las asociaciones, las que han de crear el cuadro preciso para funcionar en su interior, a la búsqueda de las respuestas idóneas a tantos interrogantes.

Echo de menos una integración auténtica de nuestro país en esos marcos asociativos. No somos plenamente aliados militares de Norteamérica, pues nuestros acuerdos con aquel país son de naturaleza simplemente ejecutiva y no han recibido allí refrendo del Senado y Congreso. No participamos en la Alianza Atlántica, como miembros de ella, aunque mantengamos indirectamente relaciones informativas y de coordinación estratégica y táctica con la misma. No somos socios de la Comunidad Económica Europea, aunque llevemos doce años discutiendo y renegociando en Bruselas un tratado comercial. Todo ese ajamiento nuestro de la estructura íntima de esos poderes y de los niveles de decisión de los mismos nos priva de participar eficazmente en el análisis y en el estudio de las líneas maestras del futuro que se va elaborando al margen nuestro, en momentos realmente decisivos para el mundo occidental y para Europa. Nuestra ausencia es grave, para la configuración del porvenir de nuestro pueblo, que acaso un día nos venga impuesto desde fuera, mal que nos pese.

Siempre pensé y sostuve que si había obstáculos y dificultades para esas integraciones que ahora se me antojan más urgentes y necesarias que otras veces, también había por nuestra parte una cierta haraganería o pereza mental que trataba de soslayar el problema con apelaciones de carácter general, ajenas a la cuestión, invocando supuestas dignidades ofendidas o guiñando maliciosamente un ojo, en alusión a las inevitables dificultades que los Estados Unidos, o la Alianza Atlántica o el Mercado Común como tales encontraban o encuentran en su camino. ¡Oh, la celtibera satisfacción que desprecia cuanto ignora! Ese bloque mental que ha impedido, en parte, el planteamiento de nuestra incorporación plenaria a Europa es preciso que desaparezca de una vez para que el diálogo —y los demás diálogos— se abran con prontitud. Una alta personalidad europea me decía, hace pocas semanas, que superadas las dificultades políticas, la asociación de España a la CEE era un problema de pocos meses y su integración como miembro de pleno derecho no tardaría arriba de dos años. Es una opinión importante y un ejemplo entre muchos. España tiene ahora una gran oportunidad negociadora. Su valor geográfico se acrece frente a los Estados Unidos y a Europa, en el área mediterránea occidental y en el Atlántico cercano al África norteña, por las razones negativas —griegas y portuguesas— que todos

conocéis. Francia vería con interés la aportación de España a la Comunidad Europea y Alemania occidental, aunque por otras razones, también. Es decir, que los “dos Grandes” de Europa, apoyarían sinceramente esa operación, una vez modificadas las circunstancias que hoy la impiden. Nuestro volumen comercial exterior y la potencia industrial y consumidora de España, junto a su excelente “récord” financiero internacional, la convierten en socio apetecible. Acaso si la Gran Bretaña, con su gobierno laborista —hipótesis posible— decide abandonar la Comunidad, ese vacío contribuirá, aún más, a favorecer nuestra situación para discutir y obtener ese ingreso.

Todavía es aquí en España, entre los diversos países de Europa, donde menos estragos ha causado hasta ahora el ciclón inflacionista; donde se mantienen en pleno rodaje los mecanismos internos del sistema económico y monetario; donde existe una estabilidad y una disciplina del mercado productivo ventajosamente superiores a muchos de nuestros vecinos europeos. Todavía es éste un país de inversiones rentables y de porvenir. Aún mantenemos un alto nivel de empleo y las cotas de la inflación, aunque peligrosas, no desbordan las señales luminosas del peligro grave. Hay evidentemente dificultades importantes en el futuro a medida que la cuota del petróleo aumente y vaya consumiendo nuestras reservas monetarias, y hay el primordial problema de que las clases trabajadoras y la población activa, mantengan durante la crisis un salario real de poder adquisitivo suficiente y holgado para que en ningún caso sean ellos los que paguen la cuenta de la inflación. Con todo esto quiero decir que es preciso levantar el tono y el ánimo públicos ante la adversidad que nos imponen las circunstancias y no asistir pasivamente, con fascinación negativa a la llegada del huracán. Hay que hacerle frente con decisión y coraje para aguantar la embestida y salvar lo esencial, es decir, los valores de nuestra vida colectiva, con miras al porvenir.

Debemos sentarnos con los demás pueblos vecinos de Occidente a repensar Europa en común. “Europa no ha existido nunca en la historia”, escribía recientemente André Malraux. “Lo que existía era la Cristiandad”. Acaso sea ésta una gran verdad. Mas esa Europa que no ha existido pero que aspiramos a crear y que en realidad ha de nacer de la antigua Cristiandad en la que hunden sus raíces espirituales y culturales los pueblos que la componen, aunque luego las ramas y los frutos sean de plural y diverso aspecto y sabor, esa Europa no debe, no puede, hacerse, sin que España tenga su puesto en ella y su voz y su voto en la mesa rectora que la configure. Un nuevo mundo surgirá en el Occidente como resultado de la crisis actual que ha puesto fin a una etapa de excesivo derroche, de exaltación hedonista, de culto al

provecho, al consumo y al crecimiento ilimitado, de enormes desigualdades e injusticias frente a los pueblos pobres, identificando todo ello con el progreso moral. Quizá la sobriedad y la dignidad, cualidades seculares de nuestro pueblo y que aún persisten en el ánimo español, no serán del todo inútiles cuando se piense en mejorar la calidad de la vida colectiva, comunitaria, de Europa, después de tantas exaltaciones del lujo superfluo, de la desigualdad exhibicionista de los poderosos, de la ausencia del sentido de la justicia, y de la frívola irresponsabilidad de muchos dirigentes de la derecha y de la izquierda. Tenemos acaso un tesoro en nuestro patrimonio español: una cierta ingenuidad sin desgaste, motivada precisamente por nuestro alejamiento, que puede servir de útil y entusiasta contribución a la colectividad de Europa en su búsqueda de formas adecuadas y nuevas para la construcción comunitaria.

“Europa —se ha dicho— tiene más problemas que recursos”. Aun siendo cierto, el camino andado desde hace treinta años es muy grande en dirección a la unidad. Por de pronto, no hubo guerra en ese largo período, mientras que sólo duró veinte años el interregno entre la primera y la segunda guerra mundial. Pero también hay que decir que no existe hoy la credibilidad de que una invasión militar soviética sea verosímil, ni de que una retirada de las tropas norteamericanas hacia la “Fortaleza América” sea posible. Ello es un arma de doble filo, pues en alguna medida debilita el aglutinante del peligro común y deja espacio libre para el eterno rebrote del nacionalismo, todavía, electoralmente rentable, en muchos países de Occidente. Las nuevas generaciones europeas, sin embargo, comprenden y apoyan el clima y la tendencia unitarias, sean éstas federales o confederales o pertenecientes a esa rara especie gaullista que se llama la Europa de las patrias. Pero el ímpetu para hacer Europa debe tener ante todo una dimensión moral. Walter Lippman, que desde su atalaya neoyorquina observa en el silencio de su avanzada edad el correr de los acontecimientos a los que su agudo espíritu encontró tantas veces definición y análisis exacto en las páginas de los periódicos, escribía sobre la crisis de 1929 y sus repercusiones, las palabras siguientes, otra vez de actualidad: “¿Qué es lo que ha puesto nerviosa a tanta gente? Es la duda de que exista entre los que componen el pueblo la confianza mutua mínima que está en la base de la convivencia. Esa es la raíz de la cuestión. No son los hechos de la crisis los que habremos de temer, pues se podrán de una u otra manera superar y vencer. Es la desmoralización pública, lo único que hay que temer porque en ello radica el verdadero peligro”.

Europa es un problema moral, un problema de fe en nosotros mismos. Si los gobernantes de hoy no son capaces de advertir la necesidad de la audacia y de la imaginación para hacer frente a los tiempos ex-

cepcionales que se aproximan y se aferran simplemente a su pequeño juego o interés puramente local o a sus viejos esquemas partidistas, serán barridos por otras generaciones que traerán lenguaje y soluciones concretas y las aplicarán sin vacilación. Las fuerzas conservadoras, o si queréis reformadoras, tienen poco tiempo para llevar a cabo su tarea, ya que las circunstancias económico-sociales, hartas precarias, trabajan gratuitamente en su contra. El hecho escandaloso, divulgado ahora, de que la Comunidad Económica europea no haya tenido, por ejemplo, nunca una política energética común, desde su fundación, ilustra claramente mis afirmaciones anteriores. Pero todavía resulta más grave el explicarse esa falta de política común porque existía un cartel monopolístico de las grandes compañías petrolíferas mundiales que se encargaba de aprovisionar el Occidente de Europa con sus crudos procedentes, en su mayor parte, del Oriente Medio y Norte de África. Y ha sido precisamente la ingerencia de esos grandes consorcios, con sus gigantescos intereses en las respectivas economías nacionales de los Nueve países, lo que ha impedido que exista una coordinación entre los países consumidores para acabar con la irracionalidad energética del viejo continente, cuyo peligro se ha puesto ahora de manifiesto en forma dramática. Abusos como éste tienen que ser implacablemente eliminados para hacer una Europa nueva.

“Europa hay que inventarla”, exclamó Sicco Mansholt, cuando discutía con los eurócratas de Bruselas, empeñados en aferrarse al dogmatismo ideológico y a la semántica del tecnicismo científico. “No podemos levantar una Europa con una cabeza grande y un cuerpo endeble que es hoy la Europa de Bruselas. Hay que darle un cuerpo tan fuerte y robusto como la cabeza. Pero para ello hay que conquistar la base popular. Las opciones y el lenguaje de nuestros hombres representativos son demasiado lejanos y esotéricos para el hombre de la calle, el campesino, el obrero industrial, la mayoría de la población activa a quien mucho de eso suena a pedantería. Nuestros discursos y nuestros acuerdos apenas suscitan el interés general”.

Mansholt sostiene que las alternativas que es preciso ofrecer a la sociedad industrial de masas que es hoy la Europa occidental, deben versar acerca de los problemas vivos que la gente tiene ante sí y que exigen prioritariamente participación activa en las responsabilidades de la producción; urbanismo y transportes adecuados; información a todos los niveles; cauces educativos y culturales accesibles y gratuitos y junto a ello, respeto al medio ambiente, leyes de antipolución y planificar una vida más humana, más libre, más democrática, de mejor calidad espiritual y moral, aunque haya que sacrificar algunos de los grandes mitos consumistas. Mansholt piensa también que el famoso estudio

del "Club de Roma" sobre los límites del crecimiento, sobre el que tuve el honor de informar a esta Academia a los pocos días de su aparición en 1971, es un primer avance positivo, pese a sus errores, hacia el reconocimiento de que la producción industrial, el problema de la energía, el alimento disponible, la explosión demográfica, el agotamiento de los recursos naturales y el desequilibrio ecológico del medio ambiente, son distintos elementos de una misma función integradora que los relaciona entre sí de un modo permanente e inevitable, de tal suerte que la perturbación de uno repercute en todos los demás.

Hay que repensar Europa. Hay que inventarla de nuevo. Pero esta vez no hay que decir como Unamuno, ¡que la inventen ellos! También nosotros, los españoles, queremos y debemos participar en ese trabajo de la creación histórica de un nuevo mundo mejor para nuestros hijos y nuestros descendientes.

Depósito Legal: M. 32.527 - 1974

Imprenta H. de E. Catalá.—Mayor, 44.—Madrid

